

El Viejo Sistema Operaba sin Oposición Real

Cruje la Maquinaria Electoral

- ★ Hay Razones Históricas Para Rechazar la Reelección
- ★ Principio Intocable Mientras Falte Sufragio Efectivo
- ★ No Sólo es Asunto de los Expertos Constitucionalistas

LORENZO MEYER

“¿Qué presidente mexicano modernizó su país con un auge de la inversión extranjera y el comercio exterior? ¿Cuál se rodeó de tecnócratas, incluido uno con ligas con Francia? ¿Cuál dio la bienvenida a la Iglesia Católica tras años de anticlericalismo? ¿Y quién dijo que México estaría listo para la verdadera democracia sólo después de lograr el desarrollo económico?”. Así inició Tim Padgett en la revista Newsweek del 5 de octubre, su artículo sobre las similitudes entre Porfirio Díaz y Carlos Salinas. La lista, en realidad, no es completa, pues de ella están ausentes la relación especial entre ambos presidentes mexicanos y sus contrapartes en Estados Unidos o el entusiasmo y apovo casi unánime que la política económica de cada uno de ellos despertó entre los grandes capitales mexicanos; pero sea como fuere, la semana pasada los observadores se preguntaban si no estaban a punto de ver el surgimiento de una nueva similitud: la relativa a la reelección.

SIGUE EN LA PAGINA VEINTIUNO

Afortunadamente, el abandono del proyecto de Gonzalo Martínez Corbalá en medio de una serie de equívocos, de cambiar su calidad de gobernador interino por la de candidato, oficial a gobernador constitucional de San Luis Potosí, impidió que por esa vía se ampliara la lista de similitudes entre el dictador liberal del siglo pasado y el presidente neoliberal actual.

La medida de hasta qué punto se le ha hecho bolas al gobierno neoliberal su engrudo electoral, la de la confusa cadena de acontecimientos que ha tenido lugar en San Luis Potosí: el nombramiento de un gobernador interino priista (Teófilo Torres Corzo), para sustituir a otro gobernador interino priista (Gonzalo Martínez Corbalá), nombrado apenas un año antes, para ocupar el puesto vacante por la renuncia de un gobernador constitucional priista que no llegó a gobernar ni un día (Fausto Zapata Laredo), por haber despertado una fuerte oposición producto de unos resultados electorales bajo sospecha, y que ha desembocado en la renuncia del primer interino a su pretensión de transformarse en el nuevo gobernador constitucional con el apoyo del partido del estado, y todo ello pese a que apenas unos días antes el líder formal de ese partido, Genaro Borrego, había afirmado de manera tajante que la candidatura a gobernador constitucional del apenas día antes gobernador interino, era irreversible. Y para complicar más esta comedia de equivocaciones, surgió la amenaza de abandono masivo de sus cargos de alcalde, y diputados priistas potosinos, que se niegan a aceptar que el proyecto en el que se habían embarcado gobernar como parte del equipo de Martínez Corbalá concluyó antes de haber empezado!

El viejo sistema político mexicano fue diseñado para operar en situaciones de elecciones sin competencia, sin alternativa real, y con el que vivió México por largo tiempo una paz priista que parecía eterna. Sin embargo, y pese a los esfuerzos gubernamentales en contra, han surgido opciones por parte de la oposición, y una maquinaria electoral que presidentes como Ruiz Cortines movieron a la perfección, hoy cruje, tiene tierra en sus engranes, funciona a medias, y cada vez peor.

En realidad lo que en este momento llama poderosamente la atención no es el hecho de que, por fin,

y a contrapelo de la voluntad gubernamental, algunas de las elecciones mexicanas empiecen a tener contenido por existir una oposición real y una sociedad que la demanda. No, lo que es verdaderamente notable es la incapacidad de un gobierno encabezado por tecnócratas supuestamente liberales pero en el fondo tan autoritarios como sus antecesores, para aceptar que aquí y ahora, la incertidumbre propia de la verdadera democracia esa incertidumbre que puede significar la pérdida del poder es menos disfuncional para su proclamado proyecto de modernización económica, que al seguir insistiendo en mantener el control del proceso político mediante victorias electorales sin credibilidad que abren la puerta a situaciones de ilegitimidad, ilegalidad e ingobernabilidad, como la que recientemente se han dado en San Luis Potosí, Guanajuato, Michoacán y ahora de nuevo en San Luis Potosí. Es francamente sorprendente, desconcertante y preocupante que un gobierno que logra renegociar una deuda gigantesca con los zorros bancarios internacionales, firmar un complejo acuerdo de libre comercio con la principal potencia del orbe, que puede compaginar un déficit de 20 mil millones de dólares en su intercambio externo con el mantenimiento de la confianza del gran capital, y que ha logrado ser visto como ejemplo a seguir para el Tercer Mundo, es desconcertante, repito, que un gobierno así, no pueda hacer bien algo aparentemente tan simple como llevar a cabo procesos electorales creíbles, y que son va moneda corriente en países como Nicaragua, Bolivia o Rusia, para mencionar sólo unos de los numerosos ejemplos de los que disponemos ahora.

Los orgullosos tecnócratas neoliberales que ahora dirigen el gobierno mexicano pretenden hacernos creer que ya han ingresado al exclusivo círculo de las élites políticas modernas, pero hechos como los que están ocurriendo en San Luis Potosí ponen al descubierto lo falso de esa suposición. Y, por lo mismo, situaciones como esas pueden introducir dudas y poner nerviosos a los miembros bona fide de ese club mundial de políticos modernos, que por razones de conveniencia más que por convencimiento, han aceptado como sus iguales a una tecnocracia mexicana que les prometió un país neoliberal y ordenado con el cual comerciar y en el cual invertir con seguridad. Con cada elección

mal resuelta, se hace más claro que esos mismos políticos mexicanos que tan bien se mueven en los circuitos internacionales del poder y que hacen que los grandes banqueros mundiales coman de su mano o que el gobierno de Estados Unidos no les escatime su admiración, no pueden lograr en su propia tierra que un buen número de mexicanos comunes crean o al menos se conformen y acepten los resultados electorales preparados por especialistas en la manipulación de los padrones y otros instrumentos similares, como El Meme Garza (sobre tan peculiar personaje premoderno al servicio de la modernidad oficial, véase el artículo de Carlos Ramírez en El Financiero del pasado día 16).

Una modernidad económica sostenida por una premodernidad política, no resulta un proyecto viable en el largo plazo; al menos esa es la lección que sin mucha dificultad se puede sacar de lo ocurrido en el México de don Porfirio, etapa histórica a la que por afinidad, y según el artículo ya citado de Tim Padgett, el actual gobierno pretende reevaluar.

Pasemos ahora al tema de la reelección. A estas alturas debería quedar claro muy claro, que el tema de la no reelección es un asunto central para la vida política mexicana, y sobre el que podemos y debemos pronunciarnos todos los que, al menos formalmente, tenemos la calidad de ciudadanos, y no nada más los juristas, como por un

momento pretendió hacerlo Martínez Corbalá al pedir que el asunto sobre su transformación de gobernador interino en constitucional equivalía o no a una reelección no es primeramente un asunto de expertos constitucionalistas, sino sobre todo uno de sensibilidad histórica y política, sensibilidad que al parecer hoy no abunda en los círculos oficiales.

Es cierto que la Constitución de San Luis Potosí no prohíbe explícitamente que un gobernador interino, como lo era el ingeniero Martínez Corbalá, ocupe después la gubernatura constitucional. Sin embargo, esa misma Constitución señala que ese cargo de gobernador interino sólo se puede abandonar por "causa grave", y no se necesita ser jurista para concluir que entre las muchas causas graves posibles no está la de querer seguir en el puesto por seis años más. Sea como fuere, es indudable que para políticos profesionales como Martínez Corbalá y sobre todo para sus jefes, debió quedar claro desde el principio que pretender pasar de un tipo de gubernatura a otro, si bien no estaba explícitamente en contra de las reglas escritas, sí estaba en contra de las reglas reales de la política mexicana, y que hacerlo justamente en momentos en que se habla de reelección presidencial como condición para sacar adelante

la revolución neoliberal era un mensaje muy claro a todos los actores políticos y a la sociedad mexicana en general. Tenemos pues derecho a suponer que todos los involucrados en lo que acontece en San Luis sabían muy bien lo que hacían, y es frente a tamaña pretensión e irresponsabilidad que debemos responder desde fuera en defensa propia.

La no reelección fue propuesta por el Plan de San Luis como lema del levantamiento nacional de 1910 por ser, en el caso mexicano, una garantía necesaria para el sufragio efectivo: agravio central de la dictadura porfirista a la sociedad mexicana. En poco tiempo quedó claro que la garantía si bien era necesaria también era insuficiente; insuficiente pero no inútil. En efecto, la no reelección es quizá el elemento más importante de la dictadura presidencial que México vive ininterrumpidamente desde fines de los años treinta. Es la no reelección lo que ha introducido cierta flexibilidad al autoritarismo mexicano al obligarle cada seis años a reexaminar lo hecho y volver a poner sobre el tapete las cartas del juego político, y permitir cambios del personal y de las orientaciones. Y si bien ese relativo rejuvenecimiento sexenal ha prolongado la vida del sistema al grado de

hacerlo ya más longevo que el de la difunta Unión Soviética, también es cierto que la no reelección ha impedido que nuestro autoritarismo se convierta en uno personal, duro, excluyente y brutal, similar a los que no ha mucho experimentaron varios países sudamericanos.

La no reelección significa que en México ya no se admite la justificación premoderna, primitiva, que dieron los "científicos" a la permanencia de Porfirio Díaz, esa que afirmaba que en virtud de que la historia mostraba que el "buen dictador" era un animal político muy raro, y que México era afortunado al tener uno, se debía conservarlo el mayor tiempo posible. No, nadie es indispensable, ni Martínez Corbalá es el único potosino capaz de gobernar bien a San Luis ni sólo hay un presidente que pueda llevar adelante la modernización del país. Si bien en México no sobran hombres y mujeres honrados, inteligentes y bien preparados, tampoco faltan. Quizá no estén entre los priistas profesionales, pero están, y un sistema electoral real nos permitiría encontrarlos.

La no reelección no es una regla que haya arraigado fácilmente en México. Porfirio Díaz se levantó en armas y ocupó la presidencia tras proponer que si el presidente no se reelegía, la su-

ya sería la última revolución que sufriera México, como todos sabemos, ocurrió exactamente lo contrario. Victoriano Huerta, tras dar su golpe de Estado y asesinar a Madero, pretendió llevar a cabo elecciones que le permitieran pasar de presidente provisional a constitucional, el juego fue tan grotesco y salió tan mal que el dictador debió anular las elecciones que le habían dado el triunfo y conformarse con seguir como presidente provisional. Obregón, pensando necesario el único y verdadero caudillo de la revolución decidió obligar a un Calles metido hasta el cuello en problemas con cristeros y estadounidenses, que ordenara a sus legisladores modificar la constitución a fin de permitir la reelección no inmediata a Obregón ganó de manera total, según los cómputos oficiales, pero la decisión y sacrificio de un ciudadano común José de León Toral puso punto final a sus ambiciones y abrió a Calles la oportunidad de institucionalizar el monopolio del poder a cambio de restablecer el principio claro de no reelec-

ción del Ejecutivo Federal, punto de partida para hacer lo propio con los ejecutivos dependientes, es decir, con los gobernadores.

Fue un hecho inesperado el asesinato de Obregón que no la fidelidad del grupo revolucionario a los principios del Plan de San Luis, lo que finalmente hizo que arraigara en México el principio de la no reelección. Sin embargo arraigó, y eso nos salvó de la reelección del propio Calles reelección propuesta, entre otros, por el embajador estadounidense, Dwight Morrow o de Miguel Alemán, lo que muy probablemente hubiera terminado en una nueva dictadura personal. Por tanto, y mientras no se llegue a cumplir la promesa política sustantiva de 1910 el sufragio efectivo no debemos tocar ni con el pétalo de una rosa el principio de la no reelección. Fue, por tanto, muy sana la reacción en defensa propia que tuvo la sociedad mexicana al oponerse a que el ingeniero Martínez Corbalá ocupara por segunda vez la gubernatura de San Luis Potosí y la razón no fue personal sino histórica.